

ese instante para desprenderse de la envoltura humana y entrar en el reino de la inmortalidad. Dichoso cien veces él, que tal satisfacción lograra. Obras mías pequeñas llevo entre manos, y muchas veces temo dejar sin concluir.

Fueron esos grandes empeños el rescate de los fondos del Instituto y la creación de la Universidad, ambos íntimamente ligados, pudiéndose decir que la segunda ha podido lograrse por disponer de aquéllos.

Al hablar de esos bienes, no quiero incurrir en el lamentable olvido que con frecuencia se comete en los actos públicos que celebramos. Ocupando uno de los primeros puestos de esta Presidencia se encuentra una persona para mí muy grata, de la que tengo recibidas atenciones y grandes pruebas de afecto, que agradezco profundamente y a las que debo corresponder. Nada más justo que recordar a D. Angel Guirao Navarro, padre del actual Presidente de nuestra Diputación provincial, a quien antes me referí. Tan esclarecido murciano, mientras desempeñó la Dirección del Instituto de segunda Enseñanza, hubo de dedicarse a administrar los bienes de dicho Centro con tanto celo que, sin desatender su sostenimiento, y dotándolo de los notables gabinetes y laboratorios que todos admiramos, imitó a la hormiga, llevando día tras día a los almacenes de invierno el grano que con el tiempo se convirtiera en montones y habría de permitir realizar su constante anhelo, que era el de la región, de crear en Murcia la Universidad.

Sin las economías de D. Angel Guirao y Navarro no habría habido Escuelas graduadas, ni Museo, ni tantas mejoras de carácter cultural como pudo llevar a efecto D. Andrés Baquero. Aquella celosa labor produjo un capital en papel de la Déuda Pública de un millón doscientas mil pesetas que, al incorporarse los Institutos de segunda Enseñanza al Estado, se nos arrebató, sin que entonces se produjeran los saludables

